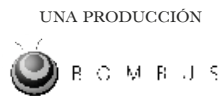


i Libri



della Quercia

Diseño e ilustraciones de sobrecubierta de Claudio Prati
Ilustración de los personajes de sobrecubierta de Valeria Turati
Ilustraciones en color de Valeria Turati
Ilustraciones en blanco y negro de Claudio Prati
Diseño gráfico de páginas en color de Elisabetta Gnone
Posproducción digital de Litomilano



Visita el pueblo del Roble Encantado
www.fairyoak.com
Facebook: ElisabettaGnone.Autrice
Instagram: @elisabettagnone
E-mail: elisabetta@bombusmedia.com
linktr.ee/elisabettagnone

Título original: *La storia perduta*
Traducción: Miguel García

© 2009 *i Libri della Quercia* Elisabetta Gnone
© 2020 Bombus S.r.l. por Elisabetta Gnone
(texto e ilustraciones)
www.bombusmedia.com

ISBN: 978-84-18538-85-8
Depósito legal: B 9.836-2021

© de esta edición, 2021 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Primera edición: octubre de 2021
Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
www.duomoedizioni.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Elisabetta Gnone



LA HISTORIA PERDIDA





*Eran idénticas e inseparables,
y sin embargo opuestas.
Una tenía el poder de la Luz,
la otra el poder de la Oscuridad...*

A los amigos que vuelven.

*Y a las mamás, los papás, los abuelos, los tíos
que aman reservarse un rinconcito de tiempo
para leer un libro con sus niños,
creando recuerdos memorables.*



15^o ANIVERSARIO

*T*ranscurridos quince años desde la publicación del primer libro de la saga (era el mes de junio de 2006 cuando vio la luz *El secreto de las gemelas*), he sentido el deseo de regresar a Fairy Oak y llevaros conmigo para reencontrarnos con los viejos amigos y volver a ver los lugares que entonces amamos y donde tan bien estuvimos.

Al estar precedido por siete libros, es posible que en este relato se den por conocidos algunos personajes, nombres y costumbres.

Por eso me ha parecido útil añadir, al final de la historia, unas «Notas en libertad» que espero ayudarán a los nuevos lectores a orientarse en el pueblo del Roble Encantado.

Además, en la página 70 encontraréis un árbol genealógico: los escolares de Fairy Oak tendrán que rellenarlo para el colegio, pero vosotros también podéis hacerlo, como juego o para no olvidar vuestra historia.

Buena lectura,
Elisabetta



Casa Periwinkle

UN VIAJE EN EL TIEMPO

Un sábado por la tarde, frío y nevoso, mi hermana Pervinca vino a verme para tomar nuestro habitual té de las cinco. Acababa de llamar y Little Owl y yo fuimos a abrir.

—Entra, Vi, rápido, que se hiela una. Ya he puesto a calentar el agua —dije tirando de ella por un brazo.

—Con suavidad, Babú, con suavidad. En los pocos metros que separan mi casa de la tuya se me han congelado los huesos.

Pervinca correspondió a la parsimoniosa bienvenida de Little Owl:

—Hola, Little Owl, viejo can, ¿cómo estás? Venga un abrazo.



Me llamo Vainilla Periwinkle, pero desde que nacimos (el mismo día) mi hermana me llama Babú y yo a ella Vi.

—Sírvete tu té y para mí deja las hojitas algo más de tiempo, ¿quieres, Babú? Siento que hoy me hará bien beberlo fuerte y oscuro —me dijo Pervinca aquel día.

Sonreí.

—A ti te gusta el té tan amargo que da dentera, Vi, siempre te ha gustado así —le recordé—. Siéntate cerca del fuego. Quítate esas botas mojadas, que te traigo calzado seco.

Nos acomodamos delante del fuego, que crepitaba en la chimenea, con Little Owl a nuestros pies.

—No te molestes, Babú, aquí hace calorcito, me secaré enseguida. ¿Has hecho algún cambio en la casa? Hay algo distinto.

Durante muchos años, mi marido Jim y yo vivimos en la casa que en otro tiempo había sido de los McDale, una hermosa casita de piedra de dos pisos, cubierta de parras, en el centro del pueblo. Tras la muerte de los dos ancianos cónyuges, que por desgracia ocurrió cuando nosotras todavía éramos pequeñas —digo «por desgracia» porque eran una pareja de viejecitos cómicos y divertidos—, la casa permaneció cerrada y silenciosa largo tiempo. Hasta que Jim y yo decidimos formar una familia.

Tuvimos que trabajar un poco en ella para hacerla habitable de nuevo, pero por entonces éramos jóvenes y estábamos llenos de entusiasmo, los amigos (Grisam, Flox, Tommy, su hermano Francis, Acantos, Nepeta) venían a

echarnos una mano y el resultado fue un hogarcito acogedor en el que vivimos felices y donde vinieron al mundo nuestras hijas, Salvia y Margarita.

Cuando nuestra madre voló al cielo —después de papá y de tía Tomelilla— y la gran casa de la calle de los Ogres Bajos quedó vacía, dejamos el nido de los McDale y nos mudamos aquí, entre los gruesos muros donde Pervinca y yo habíamos nacido y crecido.

Las veredas que se adentran en el jardín, los grandes árboles que le dan sombra, los rosales a lo largo del muro de piedra que lo circunda, el estanque con peces, el gran invernadero adosado a la casa, las románticas hortensias... Poco o nada ha cambiado. Tampoco dentro.

La cocina donde comíamos, y todavía comemos nosotros, con la pila de piedra, la mesa con el tablero de mármol blanco, los bancos y los muebles de los tatarabuelos, sigue siendo la misma. Solo a generaciones de platos, tazas y vasos sueltos se les han añadido los nuestros.

El viejo sofá frente a la chimenea, con la funda floreada de lino, en el que papá y mamá se sentaban juntos después de cenar para tomarse un licorcito y contarse su día, es el mismo, solo he tenido que arreglarle un poco el tejido de los reposabrazos.

El estudio de nuestro padre, con el barómetro de latón colgado en la pared, el catalejo delante de la ventana y los delicados instrumentos de meteorólogo ordenados en las vitrinas, no se ha tocado. Durante unos años lo compartimos

Margarita y yo, cuando ella estudiaba para hacerse meteoróloga, como el abuelo, y yo escribía mis artículos para *La Gaceta de Fairy Oak* (hoy dirijo la revista y corrijo los estupendos artículos de los estudiantes).

Las fotografías familiares, colgadas en la escalera, bueno, esas sí, se han enriquecido con nuevas sonrisas, nuevas colas de perro meneándose y nuevos recuerdos.

De vez en cuando hacemos un poco de mantenimiento.

—Jim está arreglando las ventanas, quizá sea esa la novedad que dices, Vi; ha restaurado y pintado esas dos y la puerta de cristales. Si lo has notado, díselo, porque ha hecho un gran trabajo y está orgulloso.

—¿Dónde está Jim?

—Abajo, puliendo y pintando.

«Abajo» es el lugar al que un largo pasillo excavado bajo la casa, oscuro y tenebroso, conduce sin que muchos lo sepan: la Habitación de los Hechizos de tía Tomelilla. Hace falta cierta valentía para recorrerlo. La primera vez que tuvimos que afrontarlo, Pervinca y yo temblábamos de miedo. Después, descubierto el encantamiento, se volvió fascinante.

Una vez dados los primeros cien pasos, de hecho, miles de luces se encienden mágicamente entre las piedras y alumbran el camino hasta esa habitación secreta donde la tía, hermana mayor de mamá, nos enseñaba Magia a nosotras, sus jóvenes sobrinas, y ocasionalmente también a nuestros amigos Flox Polimón, Grisam Burdock y Shirley Poppy.

Hasta que nos tocó a nosotras impartir clase a nuestros hijos y a nuestros nietos; entonces me puse de acuerdo con Pervinca en que yo enseñaría en el invernadero, un ambiente para mí mucho más connatural por la luz y las plantas, que me encanta cultivar, como a mi tía, y ella continuaría la tradición familiar dando clase en los recovecos tétricos y húmedos de la habitación subterránea.

Ahora que nuestros hijos son mayores y las clases de Magia son responsabilidad suya, la Habitación de los Hechizos se ha convertido en el taller de Jim, donde guarda las herramientas y se dedica a sus inventos y a los trabajos de reparación.

—Creía que ya estarían aquí las niñas —dijo Pervinca mirando en torno suyo.

—No, están en su casa. Hemos quedado con sus mamás y papás en vernos directamente en el *pub* esta noche, con todos los demás.

Las niñas son nuestras nietas, mías y de mi marido Jim, hijas de nuestras gemelas. ¿No lo he dicho ya? Salvia y Margarita nacieron el mismo día, como Vi y yo.

Pervinca y su marido Grisam tuvieron tres varones, que a su vez han tenido seis hijos. Así que, en total, entre las dos hermanas tenemos ocho nietos, que para alegría y alivio nuestros ya han dado muestras de haber heredado los poderes familiares: los nietos de Pervinca son todos magos de la Luz, como yo, mientras que mis nietas son ambas brujas de la Oscuridad, como ella.

—¿Felí está con ellas? —me preguntó mi hermana.

—Así es —contesté.

Todos, o al menos casi todos, los niños mágicos de Fairy Oak tienen un hada luminosa que los sigue y los protege. Suele llegar cuando nacen y se queda hasta su decimoquinto cumpleaños. Después, la norma impone que la hadita deje su puesto para dedicarse a otros niños.

Sifelizellaserádecírnosloquerrá llegó el 30 de octubre, a tiempo para vernos nacer. Pervinca profirió su primer grito de guerra aquella noche, a medianoche y un segundo exactamente, por tanto el 31 de octubre. Yo esperé a que el sol estuviese en lo alto del cielo y le sonreí a la vida a mediodía en punto del mismo día. Idénticas y opuestas desde el primer instante: ella tenebrosa, yo solar.

Durante los años que permaneció con nosotras, Felí se hizo querer mucho —y valorar mucho— por toda la familia, y con tía Tomelilla, que vivía con nosotros, trabó una relación especial. La tía había querido que fuera ella la hadita. Su intuición le decía que era la idónea para nosotras, así que había escrito al Gran Consejo para que invitaran a Sifelizellaserádecírnosloquerrá a dejar el Reino de los Rocíos de Plata para convivir con nuestra familia y ser nuestra hada niñera.

Felí había aceptado abrumada por la emoción, no a causa de la remuneración pactada, que sería de diez pétalos de rosa al mes más dos bocadillos de naranja los días festivos, sino porque quien la había mandado llamar era nada menos

que Lila de los Senderos (este es el verdadero nombre de la tía), la bruja de la Luz más famosa, sabia y poderosa de todos los reinos encantados, un mito para la joven hadita en su primera experiencia laboral.

Sabiendo cuánto les gusta la fruta a las hadas, tía Tomelilla le regaló a Felí un tarro de mermelada de moras vacío, pero aún muy oloroso, para que se convirtiera en su rinconcito privado dentro de nuestra habitación, y también para que la hadita no sintiera demasiada nostalgia de su casa.

Mamá le hacía una cama todos los días con miga de pan reciente y papá, con un carrito de hilo de coser, le fabricó un escritorio al que ella se sentaba por las noches para escribir su diario.

A veces Pervinca, por gastarle una de sus bromas, enroscaba la tapa del tarro con ella dentro. Felí se enfurecía entonces y, en cuanto salía, volaba a tirarle un «triturape-lizco», como lo llamaba ella.

En Fairy Oak, Felí también hizo amigas, amigas de verdad. La amada Devién, la primera hada de Flox, que sacrificó su vida por la niña; su nombre era Docesutilesoplosdeviento y a ella está dedicada una de nuestras plazas. La jovencísima hada, alegre y amable, que vino a sustituir a Devién y a consolar a la pobre Flox; se llamaba Delvientoenamoradopífanoespabilado, pero para todos nosotros era Pífano. Lolaflo, la delicada hada de los Blossom, que tenía un nombre completo dulcísimo: Velolafloreflorece. La pesimista Tedemí, que se llamaba Meacordarédetiacuérda-

tedemí. Talosén, del Reino de los Pétalos Blancos, cuyo largo y complicado nombre era Paratitraigocuatropetalosencorazón. Y Pic, cuyo nombre completo, Enlospulgaespicsorsiento, sonaba más como una información por mucho que ella sostuviera que se trataba de una cita culta, y que era el hada niñera robustilla y de talante guerrero de los siete hermanos Corbirock.

El día de nuestro decimoquinto cumpleaños, después de habernos mimado y visto crecer, haber escuchado nuestras confidencias, vivido con nosotras mil aventuras, aclarado muchas de nuestras dudas y resuelto líos, haber asumido la responsabilidad en nuestros aprietos, habernos salvado la vida, protegido y querido, en suma, después de haber compartido con nosotras cada minutoinstante de aquellos años, Felí se marchó sin despedirse. Alguien debía de haberle dicho que la mejor manera de decir adiós es no decirlo en absoluto, y que el mejor recuerdo que puede guardarse es el de un día cualquiera. El hecho es que, aquella mañana, simplemente ya no la encontramos.

Pero luego volvió. Muchos años después.

Cuando Salvia y Margarita estaban a punto de nacer, escribí al Gran Consejo rogando a los sabios que me mandasen a Felí como niñera. Y ella llegó, tan minúscula, reluciente y linda como la recordaba. Y la emoción por volver a vernos fue grande, arrolladora. ¡Cuántas lágrimas aquel día! También Pervinca se conmovió, si bien a ella, por su carácter rebelde e inquieto, no siempre le había gustado que

un hada la siguiera y controlara constantemente. Sus hijos no tuvieron ninguna, y tampoco la tienen sus nietos, ni su marido Grisam tenía hada cuando era pequeño. En casa de los Burdock, sencillamente, no es costumbre.

—Es posible que Felí venga más tarde, Vi. Si puede, se pasa todos los días —dije—. Aquí tienes el té. Ten cuidado, la taza quema.

—Gracias, Babú. ¿Cómo es que has sacado las viejas fotos?

La mesita de café, delante del sofá, estaba abarrotada de fotografías familiares.

—Las estoy ordenando para las niñas. Están en ese cajón, guardadas al tuntún, desde hace tantos años que, cuando busco una, nunca la encuentro.

—No me lo digas a mí —suspiró Pervinca—, un día abriré nuestro cajón fatídico para hacer lo mismo y por milésima vez renunciaré y lo volveré a cerrar.

—Yo he hecho eso muchas veces, ¿sabes? Pero el otro día entré en la tienda de Prímula y vi estos álbumes que ha hecho su nieta con retales. ¿No son bonitos? Se parecen a los que usaba mamá. Bueno, pues los compré y he empezado a pegar las fotos. Estoy reconstruyendo nuestra historia, Vi. Mira...

—Somos nosotras dos en el embarcadero, con Flox. Yo también tengo esta foto. ¿Cuántos años tendríamos ahí?

—Habíamos cumplido doce años. ¿Recuerdas lo que estábamos haciendo?

—¿Mirando los peces?
—Oh, más o menos.
—¿Por qué te ríes?
—Me río porque me parece increíble que no te acuerdes de aquellos días, Vi.

—¿Quieres decir que esta foto es de cuando...? ¡Ooh, Babú! ¡Claro que recuerdo lo que sucedió! ¡Pero si fue una locura!

Era primavera, pero hacía tanto frío como ahora, y junto con Flox, Grisam, Acantos, Tommy, Francis, Celastro, Nepeta y muchos nuevos amigos acabábamos de encontrar una historia perdida...



Recuerdo que, a veces, Felí permanecía despierta toda la noche. En aquellas horas silenciosas, la hadita escribía su diario y ordenaba nuestras cosas: una horquilla o una cinta caída al suelo y que había acabado bajo una cama, dos calcetines que emparejar... Esperaba la salida del sol dejando vagar su pensamiento por los recuerdos de los años recién transcurridos y por las incertidumbres de los venideros.

—¿Qué tiempo hace? —le preguntó Pervinca abriendo un ojo y estirándose como un gato. La luz de la mañana la molestaba, aunque a nuestra habitación llegaba filtrada por los árboles. Le sucede incluso ahora si las contraventanas no están bien cerradas.

—Nieva lluvia —le respondió la hadita con un suspiro—. Y pensar que estamos a finales de marzo...

Poco después, desde el piso de abajo nos llegó la voz de nuestra madre.



—¿Estáis despiertas, Felí? Por favor, haz que se levanten las chicas, es tarde. Bajad a desayunar, venga —llamaba desde la cocina.

—¡Arriba, marmotas! —nos saludó nuestro padre abriendo la puerta.

Un buen olor a pan tostado invadió el cuarto.

—Abre los ojos, Babú, es hora de ir al colegio, levanta —me llamó Pervinca, esperando así ganar algo de tiempo en la cama mandándome a mí primera al baño.

—¿Hace sol? —farfullé medio dormida.

—No, nada de sol. Lluve nieve o nieva lluvia, no lo sé, pregúntale a Felí, ella tiene las ideas claras.

Para ser el principio de la primavera, era muy incierto. Caía nieve pesada y húmeda desde hacía tantos días y hacía tanto frío que daban ganas de acurrucarse en algún hueco y esperar a que el sol volviese a calentar el aire.

—Uy, qué bien, hoy tengo Arte a primera hora —recordecé, y me levanté de excelente humor—. Me gusta Arte. Sobre todo me gusta la cara de Flox cuando tenemos Arte —dije volando, literalmente, al baño.

—Afortunada tú —rezongó Vi con las mantas hasta la cabeza—. Yo tengo Historia a primera hora.

—Ya veo. Qué manera más fea de empezar el día —dije, sintiéndolo por mi hermana—. Bueno, consuélate, yo la tengo a quinta hora.

Odiábamos las clases de Historia, y el profesor Absencio Enormous nos odiaba a nosotros. Lo llamábamos Ogro-

muerto porque era tan gordo como lo habría sido un ogro —si es que aún hubiese habido ogros en Fairy Oak—, andaba como en nuestra opinión andaban los ogros, mascullaba como imaginábamos que mascullaban los ogros, tenía siempre los párpados bajos y jamás alzaba la vista, como un muerto. Era informe y gris como un... No, no sabría decir de qué color son los ogros. Él parecía un calamar gigante.

Te daban ganas de arrancarte las uñas de lo aburrido que era. Para pronunciar cuatro palabras empleaba horas, mejor dicho, ¡eras! Parecía que las letras le pesaran en la lengua y le costara empujarlas fuera a través de sus labios lívidos y carnosos: ¡blof! A nosotros, los alumnos, nos causaba cierto efecto. Pervinca habría dicho «asco».

Cuando nos preguntaba en clase, adoptaba la posición del jabalí —proyectado hacia delante con la cabeza baja, listo para cargar— y con voz de cueva anegada llamaba gorgoteando: «Tercera fila, segundo pupitre desde la izquierda, a la pizarra, por favor». Era como si jugase a los barquitos, jamás nos llamaba por nuestro nombre, quizá porque no se lo sabía. Luego nos decía con la mandíbula floja, curvado sobre el cuaderno del profesor: «Setecientos veintinueve». Y nosotros pensábamos temblando: «¿Quiere saber? ¿Es una fecha, los años que tiene, su peso en toneladas, los “zunt” que nos lanzará si nos equivocamos en la respuesta?».

O bien disparaba a quemarropa sin decir más: «¡Paso del Gogoniant!». ¿Y bien? Paso del Gogoniant, sí, existe,

¿es que quería que le dijéramos que el puerto entre las montañas más altas de nuestra región está justo por encima de nuestras cabezas? En tal caso, sería una pregunta de Geografía y él enseñaba Historia.

Sus preguntas eran rompecabezas. O tal vez sería más correcto decir suplicios. Por añadidura, nos trataba de «usted», ¡a nosotros, unos niños! Cuando nos dirigía la palabra, nos volvíamos para saber a quién le hablaba. Una vez le preguntó a Vi:

—¿Se ha estudiado la batalla del Pico Negro?

—No sé si él o ella se la habrá estudiado, yo sí —dijo ella.

Le puso un tres y la mandó de vuelta a su sitio. En casa, Pervinca se llevó la regañina de mamá, papá y tía Tomelilla, porque según ellos había querido hacerse la graciosa. ¡¿Ella?!

Aquella mañana, cuando Ogromuerto entró en el aula tras haber torturado durante toda la mañana a los demás estudiantes de la escuela Horace, nos encontró cansados y hambrientos.

—Ocho, nueve, siete —dijo soltando su cartera de cuero negro sobre la mesa. Sacó el cuaderno del profesor y el libro de Historia y se dejó caer sobre la silla.

—Ocho, nueve, siete —repitió Flox en voz baja, abriendo desganadamente el libro por la página ochocientos noventa y siete. Y pegándose a mí, me susurró—: A un mago tan malvado no tendrían que permitirle ser profesor.

Por suerte, Ogromuerto no la oyó.

Pero luego...

—Uf —suspiró Flox, desconsolada ante la página en cuestión—. Fechas y nombres, nombres y fechas, y ni siquiera un color. —Y sin pensarlo, bostezó como un hipopótamo—: ¡Aaouh!

El profesor levantó entonces la mirada; sus ojos, dos miras de fusil apuntadas a mi mejor amiga, que por supuesto no se percató de nada.

—Segunda fila, primer pupitre de la derecha, alumna de la izquierda —llamó Enormous. En su voz, la promesa de una muerte lenta.

Le toqué la pierna a Flox y le indiqué que mirara hacia delante. En ese momento, la niña de los colores se puso blanca.

No estábamos acostumbrados a tener sus ojos encima, no nos miraba nunca y, cuando nos miraba, no nos veía; su mirada pasaba a través de nosotros como si fuéramos fantasmas.

Aquella vez, en cambio, Absencio Enormous miraba a Flox con expresión de desagrado. Daba la impresión de que se estuviera preguntando: «¿Qué hace esta cosa en mi clase? Pobre infeliz, ¿será siquiera una niña?».

Después, sus ojos se movieron para posarse en mí, aunque solo los ojos, porque todo lo demás permaneció inmóvil. Uno a uno, fue observándonos a todos y, atención, ¡nos vio!

—Mil setecientos doce —jadeó con voz espectral.

No se oyó ni el vuelo de una mosca, entre otras razones porque, aparte de que estábamos aterrorizados, no comprendíamos qué quería que hiciéramos: no teníamos libros de mil setecientos doce páginas ni recordábamos que fuese una fecha importante. Por eso nos quedamos mudos y quietos como estatuas.

Y su humor empeoró.

La gran cabeza se hundió entre los hombros, el torso flácido avanzó hasta cubrir la mesa, los codos se separa-



ron, los puños se cerraron; en ese momento parecía un cangrejo de ciento veinte kilos esperando la marea.

Vimos brillar una gota en la comisura de su boca y oímos el ruido de la silla al arrastrarla.

Después, oscuridad.

Al final de las clases, la directora Flumen, alarmada por los gritos de una profesora, vino corriendo a nuestra aula y nos encontró colgados cabeza abajo, envueltos en capullos de seda.

Aquel castigo desencadenó un alboroto y un gran debate sobre el uso de los poderes en el colegio por parte de los profesores (a los alumnos les estaba prohibido). Sobre este punto, de hecho, la ley de los mágicos era, y creo que aún lo es, bastante confusa. Al ser muy antigua y estar escrita a mano, se presta fácilmente a malentendidos: en efecto, donde alguien podría leer «recurrir a encantaciones», es decir, a encantamientos, otros leen «recurrir a encartaciones», es decir, a documentos relativos a una práctica burocrática. Es inútil decir que nuestro profesor estaba entre quienes leían «encantaciones». Nos endosó toda la culpa a los alumnos.

—No estudian, no leen, no recuerdan, no comprenden. Me pregunto incluso si están dotados de cerebro —se quejó al día siguiente en conversación con la directora.

—Pero en las demás asignaturas no van tan mal —objetó ella.



—¡Las otras asignaturas son menudeces! —replicó Ogromuerto con vehemencia—. Cualquiera puede aprenderse de memoria un poema o sumar dos cantidades. Si se lo pidiesen, ¡hasta un hámster sabría hacerlo!

—Bueno, ahora en Literatura y Matemáticas hacen algo más que eso...

—¡Lo dudo! De todos modos, está comprobado que no son capaces de aprender en mi asignatura —concluyó el profesor.

La directora abrió el cuaderno del profesor y vio nuestras notas en Historia: instintivamente las sumó y el resultado fue cuarenta y ocho, que dividió entre doce, los que éramos, y obtuvo una media de cuatro.

—Comprendo que no es fácil —suspiró con desaliento—. Quiero decir que no debe de ser fácil hacer que unos chicos se apasionen por una asignatura tan importante y al tiempo tan... fúnebre, ¿no? Toda esa lista de muertos...

El profesor dio un respingo.

—¡Esos *muertos* son nuestros héroes, nuestros Padres Fundadores, nuestros inventores, nuestros científicos, nuestros magos y brujas excelentísimos, aquellos que hicieron la historia de este pueblo! —protestó ofendido.

—¡Por supuesto! ¡Son nuestros héroes, faltaría más! Están muertos, pero debemos recordarlos —trató de corregirse Eufobia Flumen, que durante treinta años había enseñado Matemáticas y Ciencias en el colegio que ahora dirigía—. Solo intento ponerme en el lugar de esos joven-

citos y pienso que, si no has conocido a esos muertos, si vivieron siglos antes de que nacieras, en un mundo que ni siquiera puedes imaginar, y sus fotografías en los libros van adquiriendo un crepuscular color sepia de lo más deprimente... En fin, que no es fácil, no es fácil —atajó Flumen, que le devolvió el cuaderno al profesor sentado frente a ella. Luego enlazó con fuerza las manos y, adoptando una actitud optimista, dijo—: Encuentre la manera de hacer que se apasionen por la Historia, ¿eh? ¡Haga revivir a los muertos! —exclamó con una sonrisa radiante que invitaba a la alegría y a la perseverancia.

Absencio Enormous salió del despacho tan sombrío como una alcantarilla bajo la lluvia y la directora pudo considerarse afortunada si su secretaria, la señorita Consejo, no la encontró colgada boca abajo envuelta en un capullo de seda.

En la clase siguiente, todo volvió a ser como antes: los grandes ojos de anguila nos ignoraban y nosotros nos dislocábamos las mandíbulas para no bostezar.

Hasta que un buen día ocurrió el milagro: Robin Windflower, apodado Pajarito, que estaba montando en bici fuera del colegio, no pudo frenar, embistió a Enormous y le rompió un dedo gordo del pie. Y nuestra vida cambió a mejor.